

*Algunas consideraciones en el 480 aniversario  
de la Fundación de la villa de San Cristóbal de La Habana.*

# **tantas** *Cosas* **he** *Visto...*

**POR MONSEÑOR CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES GARCÍA-MENOCAL**

*Palabras demasiado grandes. Habría que decir cositas, alfileres que buscaba por las losas, gestecillos de la gente que esperaban en los parques cuando están a punto de convertirse en espectros del morado. En todo caso el puntillismo es el amor del tiempo.*

*Cintio Vitier, "El Bosque de Birnam", enero de 1971.*

**T**AMPOCO YO QUISIERA ESCRIBIR HOY palabras demasiado grandes, sino solamente recordar cositas, buscar entre las losas de arcilla de mi memoria, que ya falla más de lo que yo deseo, los alfileres y los otros objetos diminutos que han conformado mi existencia, diminuta también ella, tan sólo un guijarro blanco junto al camino de los otros. No quisiera nada más que compartir los gestecillos cotidianos con las gentes que chacharean en los parques o que, simplemente, esperan no se sabe qué, a la sombra de algún árbol generoso... ¿Será también el espectro del morado lo que esperan esos habaneros viejos de nuestros parques añosos? ¿No habrá acaso quienes aguardan por el verde tierno que nada tiene que ver con lo espectral, sino con lo risueño? Solo Dios sabe; solo Él conoce el mundo interior de estos habaneros enigmáticos, capaces de sorprendernos un día con la obtención de una especie de rosa, muy bella, de perfume exquisito, cuyo tallo será sedoso, no tendrá espinas.

Como cada año, en el mes de noviembre, los habaneros celebramos el aniversario de la fundación de nuestra ciudad, bajo el amparo de la Fiesta de San Cristóbal a quien honramos fuera de su lugar universal en la Liturgia, precisamente para que coincida con el inicio de la convivencia habanera. No me preocupan mucho las discusiones en torno a la fecha exacta y a la precisión de a cuál de las tres fundaciones se trata. Año más o menos, mes o día diverso... No deben influir las conjunciones astrales en estas cosas y si influyeron entonces, hace ya mucho que la influencia original se diluyó y lo que cuenta hoy son las fuerzas vigentes, el actual estado de la ciudad y la convivencia entre sus habitantes.

Me interesa el paisaje habanero; disfruto cuando me doy cuenta de que avanza la reconstrucción de un edificio her-

moso y me deleito cuando desaparece un espanto. Pero, más que el paisaje de las construcciones, me interesa el paisaje humano. Las construcciones existen en función de las personas y no viceversa. Y sé y me alegra que ese criterio ilumina la acción salvífica de la mayoría de los responsables de la restauración y reconstrucción de esta Villa; al menos de los componentes más notables de la misma.

Los problemas materiales de nuestra ciudad nos son conocidos; no hay por qué hacer un elenco de los mismos con ánimo masoquista. Seguimos esperando el verde tierno y no nos hundimos en el morado espectral. Pero, a mi entender, uno de los problemas que está en la base de muchos otros y que me preocupa, pues no veo que se apunte con decisión a una progresiva solución, tiene que ver con la relación de los habitantes de la Ciudad.

La Habana, como todas las ciudades grandes que conozco, alberga personas de muy diverso origen geográfico de dentro de la Nación. Cuando vivía en Roma, me hacía gracia que alguien a quien preguntaba de dónde era, me respondiese: "¡Soy romano de Roma!" Hoy no hay muchos habaneros de La Habana y, lo que en realidad me resulta un poco agobiante, es que la mayoría de estos habaneros de otras partes de nuestra Isla carecen de hábitos urbanos. Quien proviene de otra ciudad, quien está habituado a vivir en ciudad, sea la que sea, pero urbanamente, no amará excesivamente la nuestra y hasta podrá sentir antipatía por los habaneros de La Habana (por cierto que un amigo de otra ciudad cubana, aún sabiendo que yo soy habanero de La Habana, me ha dicho en más de una ocasión que los habaneros somos insoportables y yo no creo que se pueda universalizar tal afirmación). Pero no causa daños sensibles a la convivencia habanera, pues sabe vivir en ciudad.

Quien está habituado a vivir en ciudad sabe que la relación con los vecinos tiene sus peculiaridades, es discreto y respeta la privacidad; tiene en cuenta la cercanía de las casas o apartamentos y no chilla destempladamente, ni escucha los radios y demás equipos sonoros o toca instrumentos musicales como si estuviera solo en varios kilómetros a la redonda; cuando sale al portal o a la calle, no lo hace como si estuviera en su cuarto, acabado de levantar, casi desnudo y greña en ristre; viste, tanto si es hombre como si es mujer, de manera adecuada para estar a la vista de los demás, pues sabe que el pijama, ciertas túnicas -que usan muchas mujeres tanto para dormir, como para andar por casa o para hacer los mandados en la calle-, las chancletas, los “rolos” (esa especie de CONACA en la cabeza que algunas mujeres utilizan para rizarse el cabello), el atuendo descamisado, etc. son propios de interiores, no de exhibición pública y, según mis costumbres, de interior muy íntimo, o sea, sólo de la habitación propia, no de las comunes. Es cierto que la actual escasez de vivienda promueve la promiscuidad en el interior de la casa, pero debería evitarse en lo posible y, sobre todo, no debería proyectarse tan desafortunadamente en el exterior. Y no se me diga que la escasez y la pobreza justifican estas realidades feas: conozco “pobres de solemnidad”, de antes y de ahora, que visten pobre pero adecuadamente.

No se trata de simples “formalidades” huecas: cuando se incrementan ambientes de descamisamiento, de desnudez, de ruidos, de gritos, de indiscreciones, de palabras soeces, etc. las relaciones humanas adquieren paulatinamente el tono que se homologa con esas realidades, se deteriora el ambiente humano y todo se vulgariza. La ciudad, paulatinamente, se nos va volviendo más grosera y escandalosa. Los espacios en los que este mal clima impera, espacios acogedores de la “chusma” y sólo de ella, se amplían en vez de reducirse, como deseamos y sería de esperar y la corrección se nos convierte en un islote extraño, del que se habla como de las cosas de los dinosaurios y que hasta llega a provocar burlitas y sonrisas “condescendientes”.

Quizás una de las causas de que este proceso sea tan visible en La Habana, más que en las capitales de otros países en las que también se han instalado campesinos, ha sido la infeliz coincidencia de que el aluvión de campesinos carentes de hábitos urbanos ha coincidido con la estampida hacia el exilio de muchos habaneros cuya presencia más numerosa hubiera podido compensar y habría ayudado a que los recién llegados adquiriesen los hábitos propios de la ciudad; además, conviviendo con ellos, los recién llegados del “campo” habrían tenido mejores oportunidades de encariñarse con la ciudad de manera efectiva; es decir, la cuidarían y no contribuirían a aumentar el empuercamiento insostenible que nos invade (y que no depende fundamentalmente, por cierto, de los hábitos no urbanos, sino de los malos servicios comunales).

¿Nada se puede hacer? En primer lugar, habría que esclarecer, por todos los medios posibles, que la chusmería, la indecencia y la vulgaridad no son rasgos de cubanía; que los cubanos paradigmáticos, los que cimentaron nuestra identidad nacional -blancos, negros y mestizos, de distinta clase social y diversos niveles de cultura-, fueron hombres y mujeres muy correctos, ajenos a la ordinariez, cultivadores de las buenas maneras, sin que la pobreza o las condiciones adversas de distinta índole menguaron la caballerosidad de los hombres y la exquisita feminidad de las mujeres. Los medios de comunicación podrían educar para vivir en ciudad y podría haber legislación citadina y municipal que apoyara. Pienso, por ejemplo, en el tema de los ruidos, en el de las groserías en la vía pública, en el de las peleas callejeras, en el de las vestimentas en el exterior, etcétera. Recuerdo que cuando yo era párroco de Santa Fe, que es una playa, no el centro de la Ciudad y de esto hace nada más que treinta años, no ocurrió en el siglo XIX, si una persona salía a la calle en trusa y sin camisa era multada. En trusa y sin camisa se podía estar solamente en la costa; una vez que la persona salía a la Calle Primera ya debía cubrirse, lo mismo si era hombre que si era mujer. En algunos países que he visitado, si se escucha cualquier tipo de ruido o música en la calle o en la casa del vecino, proveniente de otra casa, la policía avisa al causante de los hiperdecibeles y, en caso de reincidencia, multa. No continúo con ejemplos porque no es éste el lugar de legislar, sino el de compartir y estimular.

Obviamente, la carencia de esos hábitos urbanos no está relacionada directamente con la moralidad de la persona, ni con su calidad humana. Estas cuestiones dependen de otros factores y se miden -muy riesgosamente- con otros parámetros de los que no es cuestión ahora. Ahora, en torno a San Cristóbal, de lo que se trata es de contribuir a la belleza de nuestra ciudad en uno de sus componentes más descuidados, que es el conjunto de formas que adopta la vida de sus habitantes. Sólo me he referido a una de las pequeñas realidades, como pequeños son los alfileres, los gestecillos y los objetos diminutos citados en el inicio de este trabajo, tomando en préstamo las palabras de nuestro Cintio Vitier. Pero es realidad de la que, aunque pequeña si la comparamos con otras más cimentadoras del ser, no debemos prescindir si deseamos contribuir al bienestar y al crecimiento integral de todos. Los romanos antiguos solían decir: “*Suavitas morum, condimentum amicitiae*”, lo que podríamos traducir como “La suavidad (o amabilidad o dulzura) en las costumbres es el condimento de la amistad”. De condimentos aquí se trata; de condimentos en la amistad interpersonal y en las relaciones comunitarias, para que nuestra ciudad nos resulte cada día más apetecible al paladar... Para que se difunda el verde tierno, no el morado espectral, y se logre la especie única de rosa de tallo sedoso, en esta ciudad que nos hechiza. □

La Habana, 2 de octubre de 1999.